

INSTANTÁNEAS



SRTA. A. MIRALLES
en la zarzuela «Los Cocineros.»

Núm. 110.—Sábado 10 Noviembre 1900.

20 céntimos en España.



GABRIEL R. ESPAÑA
Director de la «Revista Política y Parlamentaria».

Llegar á Madrid sin contar con más armas para combatir en el campo del periodismo que la pluma y un nombre casi desconocido y á los pocos años hallarse encumbrado en el puesto donde se encuentra hoy España, es cosa bien rara y poco menos que ejemplar.

Tan sólo se consigue esto contando con un privilegiado talento y un amor al trabajo á toda prueba.

Gabriel R. España, que llegó no hace muchos años de Cuba, consiguió revelarse muy pronto como fácil é inteligente periodista, de elegante y correcta frase, de estilo brillante y literario, de imaginación vivísima, de hermosura y gallardía en las imágenes.

Aún cuando no contara con otros méritos que los conseguidos con su labor en *Blanco y Negro*, bastaríale para darle nombre y crearle una hermosa atmósfera en el periodismo.

En sus informaciones gráficas no puede contar con el recurso de la fantasía, debe y tiene que someterse á la realidad, y así lo hace: el público, deleitado al contem-

plar un grabado de *Blanco y Negro*, se extasia al leer el texto, que le transporta al lugar que representa la fotografía.

España ha publicado libros tan notables como *Derecho Administrativo colonial*, *Testamento ológrafo*, *El matrimonio según el Derecho vigente*; traductor de los *Anarquistas*, de Lombroso, y otros muchos que le han dado justa y merecida reputación, ha colaborado y colabora en todos los más importantes periódicos de España.

En la actualidad dirige la *Revista política y parlamentaria*, en cuyo periódico está dando nuevas pruebas de una gran serenidad de juicio, y una indiscutible competencia en asuntos políticos.

Sus cualidades personales son también dignas de elogio: hombre franco, de carácter bullicioso, modesto, simpático, que se hace apreciar de todo el mundo.

España es joven y dueño de un puesto entre los *escogidos* y ha de llegar lejos, muy lejos.

Instantáneas.

Director:
M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:
Clavel, 1, Madrid.

DEL NATURAL

Lo que os voy á contar no es un cuento más ó menos verosímil; no es ninguna historia interesante; no es tampoco una invención de mi mente; es un poema real, un poemita microscópico, impregnado de sencillez y no exento de delicadeza, arrancado del natural y observado por mí en el propio lugar de la acción, no hace aún muchas semanas.

Era noche de moda en los Jardines del Buen Retiro.

Labanda del regimiento del Rey ejecutaba primorosas piezas de música clásica y en el espacio resonaban dulcemente las melancólicas notas de armoniosas melodías, en tanto que yo pasédbame intranquilo esperando la llegada de alguien que se hacía esperar demasiado, á juzgar por mi impaciencia.

Varias veces intenté distraer mi mal humor y... ¡nada! ¡imposible! Todo me hastiaba, todo me aburría...

De improviso, y yo no recuerdo cómo ni por qué, me detuve, sentándome en uno de los muchos bancos que hay en el jardín.

No estaba solo; á mi lado jugaban dos be-

bés que á lo sumo, entre los dos, podrían contar ocho ó nueve años.

Eran un niño y una niña que tendrían próximamente la misma edad: dos ángeles, puesto que en ellos aún no podía anidar la pasión ni la envidia, el odio ni la ambición.

De repente, y por alguna nimiedad sin duda, separáronse enfadados...

Ella ocultaba su carita sonrosada entre sus diminutas manos, y él la miraba triste y compungido cual si arrepentido del daño que motivaba el enfado quisiera pedir el perdón de su culpa y enmendar su falta.

En sus negros ojitos pareció fulgurar una idea repentina, y aquel hombrerito se adelantó hacia ella... ¡y sonó un beso! Entonces aconteció algo

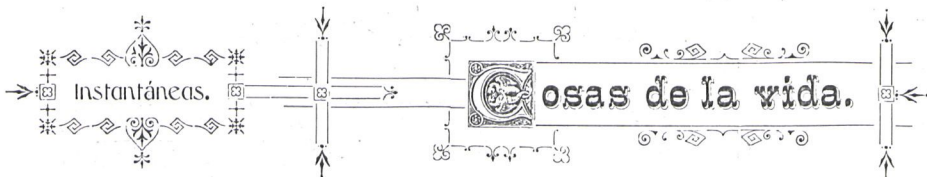
que haciéndome sonreír disipó al momento mis preocupaciones, dándome que pensar después.

La niña le miró con aire ofendido... Se adelantó, y con majestad y desprecio al mismo tiempo, acercóse á su amiguitó y besándolo orgullosa en la frente, exclamó con dignidad cómica: — Toma, ¡no lo quiero!



LORETO PRADO
en la aplaudida zarzuela «Venus Salón».

Miguel de Zárraga.



Gris y rojo.—Thabor y no Calvario.—Carnot y Moyano.—Los maestros españoles
Invasión extranjera.—Las manzanas del vecino.

Ya estamos, ya estamos en el dichoso mes que empieza con los Santos y acaba con San Andrés.

Ya estamos en Noviembre, heraldo del frío, nuncio de nieves y escarchas, precursor del invierno.

Ya estamos en el mes de las noches largas, de las tardes frías y de las mañanas grises.

Ha entrado Noviembre con campaneo de difuntos, que piden á los vivos plegarias para los muertos.

Los fusilazos disparados en Cataluña y en Valencia han sonado en nuestros oídos como suena el rezo de agonizantes en el alma de la familia atribulada que rodea el lecho del moribundo.

Mal empiezas, Noviembre.

Sobre el gris de tus días, bajo tu cielo plomizo, en las escarpas de las montañas del Principado y en los vericuetos de las sierras levantinas, la pincelada roja de las boinas del sectario del Pretendiente fingen manchas de sangre.

De esa sangre roja de que tan necesitada se halla nuestra hidalga tierra, debilitada por el derrumbamiento de su imperio colonial.

España, que sabe los males que traen aparejados las discordias civiles; España, que conoce las miras rapaces de la insaciable Inglaterra, no es capaz, no, de encender la tea de una discordia que puede alumbrar el fin de nuestra raza y la pérdida y acabamiento de cuanto fuimos y somos.

No, el fin de España todavía no ha sonado.

A pesar de las agoreras profecías de Chamberlain aún tenemos vitalidad y alientos para hacer frente á las pasajeras crisis de hoy y á las incertidumbres y azares de lo porvenir.

Estamos subiéndolo un calvario, sin que haya Cirineo que alivie á la patria de la pesadumbre de su carga.

Alcemos los corazones y confiemos en que al final de la cuesta, tras la cruxificación está la resurrección gloriosa y triunfante.

Alcemos, sí, los corazones, y confiemos en que al final de la cuesta está el Thabor y no el Gólgota.

* *

Cayó Carnot bajo el puñal del Caserio, y tras la muerte breve surge eterno y triunfador, y el pueblo entero aclama al mártir de la patria, consagrado por la patria en el monumento que Mr. Loubet acaba de inaugurar entre las delirantes aclamaciones de los buenos ciudadanos lioneses.

Murió D. Claudio Moyano; estuvo su nombre en el olvido, y hoy la gratitud, «la memoria del corazón», saca el nombre del olvido y lo inmortaliza en la ga-

larda estatua que el magisterio español ha levantado ante la fachada del flamante ministerio de Instrucción Pública.

Y ¡por Dios! que es curioso el caso. Los mismos maestros que llegan á rendir pleito homenaje y tributo de agradecimiento á su bienhechor, vienen asimismo á solicitar que se normalice el pago de los exiguos haberes que perciben.

Cobran regularmente los profesores de primera enseñanza, merced á las Cajas especiales establecidas en todas las provincias; sin embargo, eran españoles, y estando bien, quisieron estar mejor; se dejaron alucinar por las pomposas frases del pago por el Estado, y á la postre se encuentran con que el Estado no les paga, y las Cajas, que antes les pagaron religiosamente, ya no existen.

Y ahora se da el caso peregrino de que los maestros, como los jugadores arruinados, no suspiren por la ganancia y sí lloren por lo que dejaron perder.

* *

Eleonor Duse, trayéndonos aire europeo y obras de autores franceses é italianos, llama á las puertas del teatro de Apolo.

Jorge Ohnet, con su última discutida novela *La Tenebrosa*, ocupa por entero la atención de nuestros literatos.

La ópera alemana se lleva las últimas pesetas que existían en los no bien provistos bolsillos de los madrileños.

Ante esta invasión extranjera se nos ocurre preguntar: ¿Es que ya no hay arte español? ¿Es que se han acabado los artistas y los literatos españoles?

Nada de eso.

Domínguez, el laureado autor de *La muerte de Séneca*, uno de los maestros de la pintura contemporánea, acaba de entrar triunfalmente en la Academia de San Fernando.

Galdós, el fecundo, el egregio D. Benito, lleva á los escaparates de las librerías un nuevo episodio: *Bodas reales*.

Echegaray estrena en el clásico coliseo *El loco Dios*.

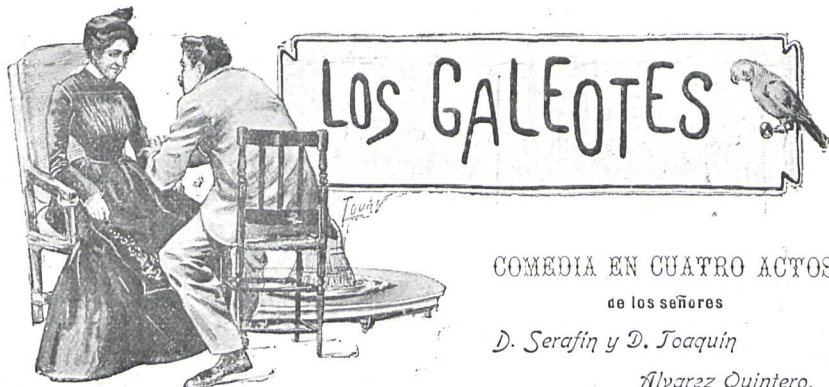
Guimerá se dispone á darnos á conocer *El agua que corre...*

Y María Tubau y María Guerrero realizan primores en los escenarios de nuestros coliseos.

Arte sano, producción abundante tenemos en casa. Lo que ocurre sencillamente es que, con lo propio, nos pasa lo que al hortelano del cuento con sus manzanas: «Que las despreciaba y las dejaba podrirse en el árbol, mientras se afanaba por robar las manzanas del vecino, que ni eran más grandes ni mejores que las de su huerto...»

M. R. Blanco Belmonte.

TEATRO DE LA COMEDIA



COMEDIA EN CUATRO ACTOS

de los señores

D. Serafin y D. Joaquín

Alvarez Quintero.

ESCENA VI

Gloria (Srta. Catalá), Mario (Sr. Ortega),
Pedrito (Sr. Mendiguchia).

Glor. (Solos otra vez.)
Mar. (Saltando la carga.) ¡Va que echa bombas!
Glor. A mí lo que me extraña es que no comprenda que son bromas de usted. ¡Porque mire usted que la lista que ha hecho!...
Mar. Es que la ha tomado conmigo sin saber por qué causa. (Vuelve a sentarse junto a Gloria.)
Glor. Yo sí lo sé, Mario.
Mar. (Y yo)
Glor. Porque con todos hace igual.
Mar. (No es por eso.)
Glor. Le aseguro á usted que es insufrible; á todas horas pensando mal, de un humor en diabado... Para él no hay persona buena en el mundo... ¡Jesús!
Mar. ¿Y ha vivido siempre con usted?
Glor. Siempre.
Mar. Pues ha tenido tiempo de cambiar de opinión. (Pausa.)
Glor. (Cuando me quedé sola con este hombre no sé á dónde mirar.)
Mar. (Creo que no le parezco saco de paja.) (Nueva pausa. Mario contempla á Gloria fijamente.)
Glor. (Debe de estar mirándome: siento sus ojos en mi cara.)
Mar. (Vamos á ver si es verdad eso del nuevo rumbo de mi vida.) ¡Qué callados estamos!
Glor. Se conoce que no tenemos nada que decirnos.
Mar. O que tenemos mucho... y no sabemos por dónde empezar. (Pausa.) Como una amapola se ha puesto. Es una sensitiva.)
Glor. (¿Qué simple soy! ¿Pues no me he puesto colorada?) Dícen que cuando hay estos silencios es que pasa un ángel...
Mar. Pues como pase por aquí se va á morir de envidia.
Glor. (Riendo) ¿De mí?
Mar. No: de mí. Creo que por bien que le vaya al angelito allá arriba, mejor que al lado de usted es muy difícil que le vaya.
Glor. Bueno, ¿quiere usted que hablemos de otra cosa?
Mar. ¿No le gusta á usted la conversación?
Glor. Sí me gusta...
Mar. ¿Entonces á qué variarla?
Glor. He dicho una simpleza. Me gusta como gustan las galanterías, pero por lo mismo no está bien que yo quiera oirlas...
Mar. ¿Pues no confiesa usted que le gustan?
Glor. ¡Ay, que hombre de Dios! Es que hay cosas que aunque le gusten á una, una no debe decir que le gustan... Y yo ya lo he dicho, que es lo malo.
Mar. Y le ha costado á usted ponerse otra vez como una cereza. ¡Ja, ja, ja!...
Glor. (Me vio antes.) Por Dios, Mario, no se ría usted de mí.
Mar. Esta risa no es burla: es alegría.
Glor. Menos mal si está usted alegre.
Mar. Ya sabe usted que sí. Y á su lado de usted... más alegre que nunca. (Ahora se ha puesto pálida.) (Pausa breve.)
Glor. (¿Jesús! no voy á la labra.)
Mar. Gloria, ¿quiere usted mirarme en un momento?
Glor. (Muy turbada.) Si lo estoy viendo á usted todo el día...
Mar. Viéndome, sí; pero mirándome, no. Por lo menos, mirándome como yo quisiera que me miraran esos ojos... esos ojos tan...
Ped. (Sale de la tienda buscando un libro, como loco, por

las anaqueladas de uno y otro lado y recitando, casi maquinalmente y muy aprisa, mientras lo busca, los versos que siguen.)

.. Y el puño de mi lizana,
libre de pliegues molestos,
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos.

Mar. (¿Qué oportuno es este pájaro frito!) (Se separa de Gloria y finge distraerse.)

Glor. (¡Ay, ya puedo respirar!...)

Ped. ¿Dónde estás, hombre, dónde estás tú?... Balmes... «Criterios»...

A una esquina di la vuelta...
di la vuelta... di la vuelta...

¿Cómo es, Perico? Saca del bolsillo interior de su americana el libro de la obra y busca rápidamente lo que no recuerda.)

Mar. (A Gloria.) (¿Pero ese va á ensayar aquí todo el día?)

Glor. (Cipuz es.)

Ped. ¡Y á mí pesar!... Ya decía yo.

A una esquina di la vuelta,
y á mí pesar, en el velo
de una dama que enava
marchando en sentido inverso...

D. Mi. (Dentro, gritando.) ¡Pedrito!

Ped. ¡No! Pero ¿para que ten líria critério Balmes?

E. t. os. (Coge un libro, lee el lomo y se encamina á la librería, sin decir «La esposa del vengador.»)

...Seguida de otros paje
y dueña de adusto cño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre est' un gavilanes
de pluma en occiso!

(Hojeando el libro, se detiene antes de meterse en la tienda.)

D ó un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo...

Me parece que le falta una hoja.

Rasgó el tal y huyó la hoja;
no la vi más... ¡y aún la veo!

No, no le falta.

¡Maldigan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

Le pido dos pe-ets. Que no diga don Miguel que no me intereso por la cesa. (Se va.)

Mar. ¡Gracias á Dios que nos deja solos! (Se sienta otra vez al lado de Gloria.) Llegó á interrumpir nuestro paque en un momento en que yo creía que no habíamos este mundo más que usted y yo.

Glor. Y resultó que también lo habitaba Pedrito.

Mar. En un momento en que yo le pedía á Dios que hubiese á nuestro alrededor un silencio muy grande...

Glor. ¿Y para qué tanto silencio?

Mar. Para que pudiese usted oír cómo saltaba mi corazón dentro de mi pecho, alborozado con la idea de que usted, á ruego mío, me mirara... de que usted me mirara con esos ojos tan negros... tan dulces... tan hermosos... ¿No me mira usted, Gloria?

Ped. (Saliendo á escape por otro libro. Mario le echa una mirada fulminante y se separa de Gloria de nuevo.)
Cerca un caché; en él su amante;
ella hacia él; la vi; me cegué...

Mar. (¡Maldita sea tu estampa!)

Glor. (E. t.) tontaina de Pedrito...)

Ped. Tiré, enyá, la besé,
y, en mis brazos espirante,
la satisfacción primera
de mis celos vi pagada...

(Cogiendo el libro que buscaba, que es voluminoso.)
Aquí está. «La cebolla.» «Su historia y su culti-

vo. Unos «El criterio» de Balmes y otros «La cebolla». Entienda usted á la humanidad.
*¡Que así su última mirada
 fué para mí toda entera!*



No sé si se habrá colado
 el pintor del decorado.

- ¡Bravo! (Vase.)
Mar. Parece que se ha propuesto impedirnos hablar.
(Se sienta junto á ella otra vez.)
Glor. ¡Es mucha desgracia!
Mar. Y si al menos pudiéramos entendernos como aseguran que se entienden los enamorados...
Glor. *(Con viva emoción.)* ¿Los enamorados?
Mar. Sí. Son los únicos seres que se entienden por medio de los ojos.
Glor. ¿Dice usted que son los únicos?
Mar. Los únicos. Por eso usted y yo estamos... á media inteligencia.
Glor. No comprendo.
Mar. ¿No? Peor para mí. *(Pausa breve.)* Gloria, antes que vuelva á salir ese titiritero de Pedrit, quiero preguntarle á usted una cosa. Me ha di-



Uno que se las trae.

cho usted que coincide conmigo en imaginar que, de aquí en adelante, se ha de trocar en próspera mi adversa fortuna. ¿En qué se funda usted para imaginarlo?

- Glor.** En nada..
Mar. En nada, no es posible.
Glor. Pues y usted, que piensa lo mismo, ¿en qué se funda?
Mar. ¿Yo? En un sentimiento... En el de que al lado de usted, que es la bondad misma, nada malo puede pasarme. Creo más: creo que esta sana alegría que usted derrama sobre todo lo que la rodea, ha impregnado mi alma para siempre. Y aun cuando yo me aleje de usted...

- Glor.** No hable usted de eso ahora...
Mar. ¿No he de hablar, Gloria, si es mi pesadilla?... Yo sé que la bondad de usted y de su padre para con nosotros no ha de tener más límite que aquel que le ponga nuestro decoro, nuestra delicadeza...
Glor. ¿Pues no se me han saltado las lágrimas?
Mar. Ese límite ha llegado ya. Recobrada mi salud, merced á ustedes, no debemos permanecer más tiempo en esta casa.
Glor. ¡Vaya una tontería!
Mar. Tontería no, Gloria. La verdad, que tiene bro, mas muy pesadas. Debo marcharme, y me iré: ¡quién lo duda! ¿Adónde? ¡quién lo sabe! *(Con pasión y en voz baja, acercándose mucho á ella.)* Pero quiero que sepa usted que adonde quiera que la fortuna gué mis pasos, su recuerdo de



—Vamos á ver, lorito, ¿qué dirías tú, si me tomase una copita de Monóvar?

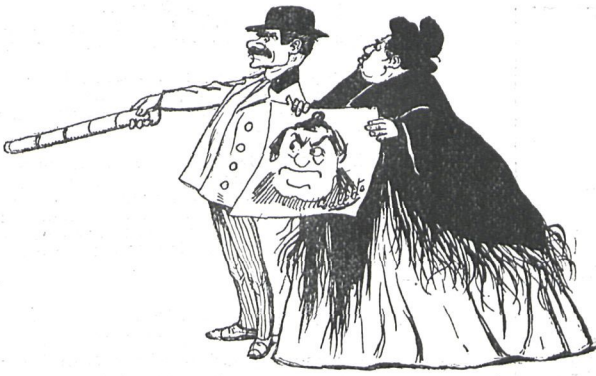
usted iluminará mi pensamiento, alentará mi corazón y alegrará mi alma. *(Le coge una mano, que ella, conmovida, le abandona. Sale Carita del interior de la casa á tiempo de oír las últimas frases, y no puede reprimir un grito de sorpresa. Gloria, sobrecogida y llena de turbación, se separa violentamente de Mario y se pone de pie. Mario permanece sentado.)*

LOS GALEOTES

La preciosa comedia en cuatro actos estrenada en el elegante teatro de la Comedia por los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, ha servido para demostrar que los niños de allá abajo se las traen para todo.



Las de la lágrima.



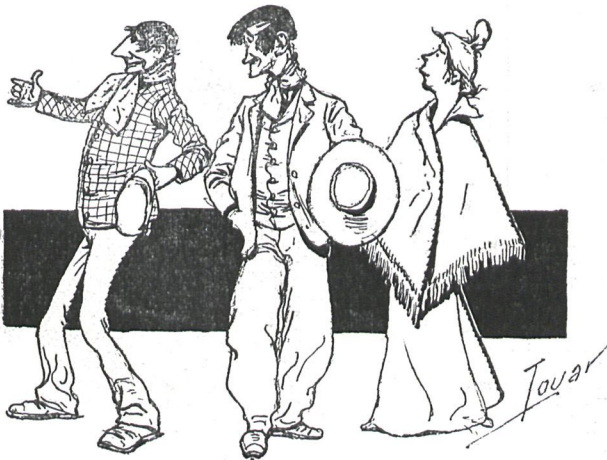
Los que pegan.

El ingenio derrochado por los autores en *El patio*, *La reja*, *La buena sombra* y tantas otras obras de menos aparente vuelo, les obligaba y comprometía á *poner el mingo* cuando se arriesgasen á sostener el interés y la hilaridad del público en una señora comedia en tres actos. Pero no se asustaron los jóvenes autores y se lanzaron con cuatro actos, factura más comprometida aún, porque el público nuestro no tiene costumbre de conservar la atención durante tanto tiempo en un solo asunto.

En el primer acto comenzó á dibujarse el éxito; se acentuó en el segundo, y luego de mantenerse en el tercero, se declaró franco y hermoso en el cuarto.

De lo que son *Los Galeotes* da prueba la escena que copiamos. Del asunto de la obra sólo diremos algunas generalidades que inciten á ver la comedia, no que expliquen el pormenor de su acción.

Si el *Hidalgo Manchego* puso por compasión en libertad una cuerda de galeotes que le demostraron con palos y pérfidos tratamientos lo que es la gratitud de los hombres, D. Miguel, librero caballero, trata de favorecer por cuantos medios tiene á su alcance á Moisés y Mario Galeote, su hijo. Pero los Galeotes, que tienen bien puesto el apellido, le corresponden con infamias, que ya augura D. Jeremías, carácter opuesto al de D. Miguel, y como aquél dibujado admirablemente por los autores.



Los que se cuelan.

Otro de los tipos de la obra, simpático cuando muestra frivolidad y adorable cuando da pruebas de juicio, es la linda *Carita*, que tiene en el tercer acto una escena con D. Miguel que es un prodigio de factura.

La comedia de los *Quintero*, desempeñada admirablemente por Rosario Pino, Matilde Rodríguez, Vallés, Rubio y Mendiguchía, ha de llenar muchas noches el elegante salón de la calle del Príncipe.

Si la flexible habilidad de Rosario Pino descuella, Matilde Rodríguez encanta, y la señorita Catalá produce satisfacción, porque á lo lindo de su palmito agrega el ademán modesto de su papel de *ingenua*, y la niña Gloria Bittini borda su parte de estudiantillo.

En suma, *Los Galeotes* son un éxito para la compañía, para la empresa y un



Esta también se las trae.

triunfo considerable, legítimo y hermoso de los hermanos Quintero, cuyo cartel es ahora uno de los indisputables de nuestra escena.

Reciban todos el aplauso que se merecen, y que por mucho tiempo les tributará el público.

Quando al comienzo de una temporada una compañía buena consigue asegurar una obra teatral, el negocio del empresario suele salvarse; pero si el negocio no se salvara, que no es el caso presente, se habrían salvado su acierto para elegir, el de los autores para dar forma á un pensamiento y el de los artistas para interpretarlo.



General Azcárraga,
Presidente del Consejo de Ministros.

LECCION SABIA

Había en cierta ocasión en un pueblo de Castilla un sabio, una maravilla de ciencia y de ilustración.

Como á pesar de su edad soltero permanecía, que era por tacañería pregonaban sin piedad

las vecinas imprudentes, un poco largas de pico (debo advertir que era rico según versiones corrientes).

Tanto se dió en murmurar que llegó todo á su oído, y el sabio un poco ofendido con las mozas del lugar

un día que se encontró á varias en su camino, con el rostro algo mohíno, de este modo se expresó:

«Jamás sufrí de la ciencia desengaños mi amor propio, pues con un mal telescopio y estudiando con paciencia

he ganado la victoria, el triunfo más verdadero, pues á la par que dinero tengo fama y hasta gloria.

Para hallar una mujer como es debido, lamento que no sirva ni el talento ni la ciencia ni el saber,

porque eso, yo así discurro sin pizca de vanidad, sólo por casualidad, como la flauta del burro.

De razonamientos justos deduzco esta consecuencia: Da tanta gloria la ciencia, como vosotras disgustos.

José Solís.

Muy interesante

á los lectores de

INSTANTÁNEAS

Tenemos en prensa una publicación llamada á obtener grandísima resonancia por su belleza y novedad. Los originales del

ALBUM DEL AÑO 1901

son absolutamente inéditos, tienen un marcadísimo sabor nacional y han sido escritos por las señoras Gimeno de Flaquer y Pardo Bazán y los señores Aza don Vital, Azcárate, Balaguer, Benot, P. Blanco García, Bosch y Fustegueras, Cánovas, Campoamor, Carracido, Castelar, Sinesio Delgado, Echegaray, Pérez Escrich, Feliú y Codina, Ferrari, Fiacro Irazoz, Frontaura, Valentín Gómez, Letamendi, Liniers, López Silva, Luceño, Maura, Marco, Mestre Martínez, Núñez de Arce, F. de A. Pacheco, Vizeconde de Palazuelos, M. del Palacio, Pérez Zúñiga, Pí y Margall, Pidal y Mon, Federico Rubio, Ramos Carrión, F. Soldevilla, Rodrigo Soriano, y otros.

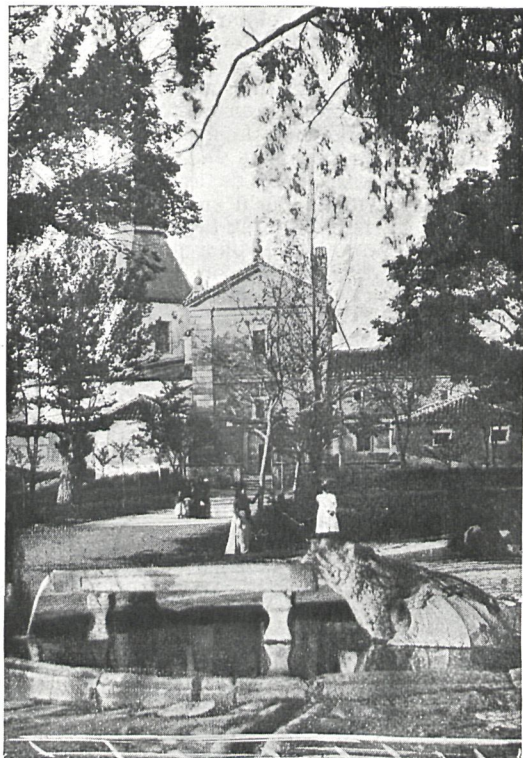
Aunque

INSTANTÁNEAS-ALBUM DEL AÑO 1901

está profusamente ilustrado con fotografías directas y preciosos dibujos originales de reputados artistas, y á pesar de su novedad é importancia sólo costará

UNA PESETA

en España.



AVIIA.—Fuente en la glorieta del paseo de San Antonio.

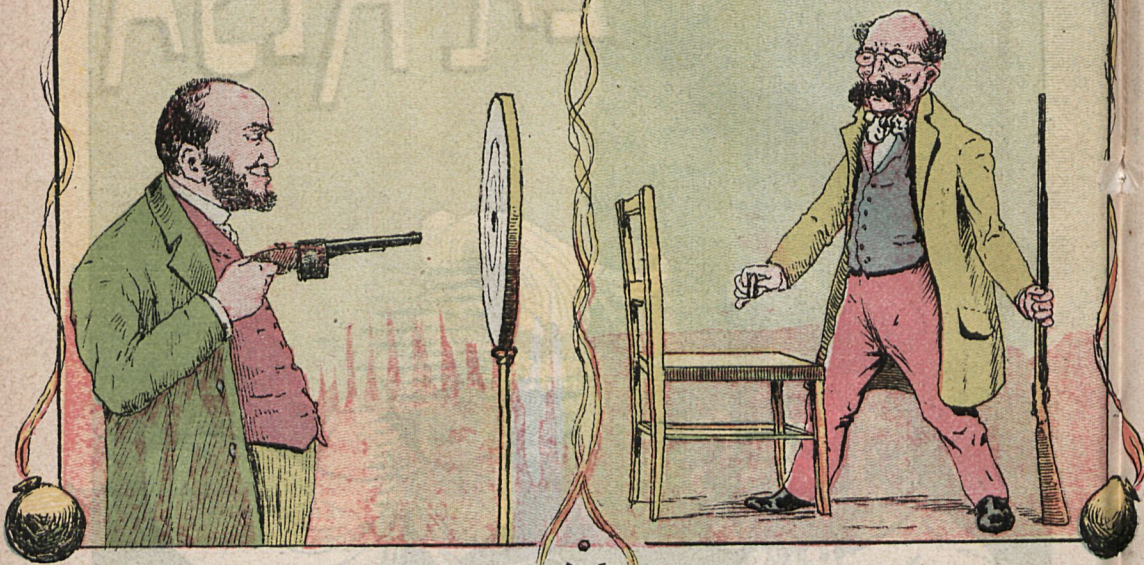
Inst. de A. Martín Gil.

LA RISA



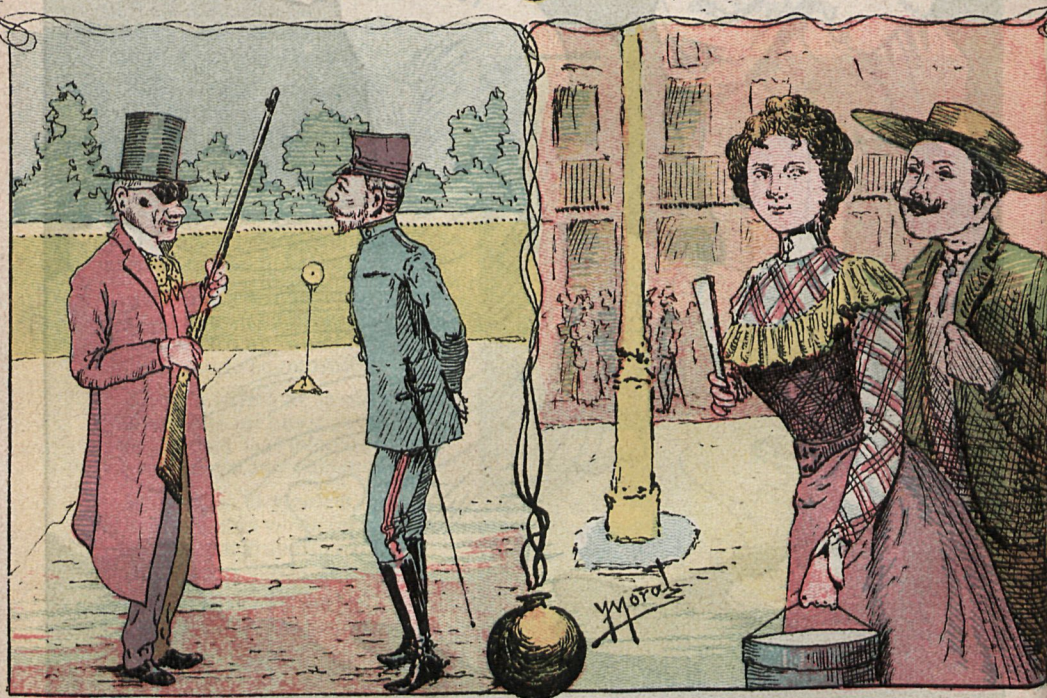
Dicen que fumo mucho. ¡Esta si que fuma... y en pipa!

TIRO NACIONAL



Ensayo práctico doméstico, privado de todo individuo que deba ingresar en el Tiro Nacional.

Aunque me vean ustedes con esta facha donde pongo yo el ojo pongo la bala.



—¿Tiene usted muchos disparos hechos?
175, caballero.
—¿Y ha visto si logra muchos blancos?
—No señor, no lo he visto
—Hombre y ¿por qué?
—Le diré á Vd... soy ciego de nacimiento.

Tus ojos son dos balitas y mi corazón el blanco; si tu voluntad dispara verás que bien lo pasamos.



—¿Y este país es sano?
—Lo mecor de Valencia. En dies años no sa muerto más presona que el médico, ¡Y sa muerto d'hambre!